

La calle para el lunes 12 de marzo de 2007
Diario de un espectador
Cartas de Iwo Jima
por miguel ángel granados chapa

Clint Eastwood filmó el año pasado dos películas sobre el mismo tema, mostrando las dos caras de un episodio, la batalla de la marina norteamericana por conquistar la isla de Iwo Jima, y la resistencia del ejército japonés por impedirlo, o al menos demorar la derrota el mayor tiempo posible. La primera, *La conquista del honor*, presenta el punto de vista estadounidense, principalmente en torno de los seis *marines* que izaron la bandera de las barras y las estrellas en una cima de aquella isla, escena que fue inmortalizada por el fotógrafo Joe Rosenthal. La que ahora está en cartelera es la que muestra el lado japonés, *Cartas desde Iwo Jima*.

Precisamente unas cartas no remitidas son el material para reconstruir la historia. Muchos años después de concluida la guerra, personal japonés encuentra en una cueva de aquella isla un paquete de papeles, escritos por el general Todamichi Kuribayashi (personificado por Ken Watanabe), el comandante comisionado por el Emperador para impedir el avance de la Armada de los Estados Unidos. Era imposible enviar esas misivas a su familia, pero sus relatos servirían para componer un libro del que a su vez surgió la película, que se quedó en la antesala del Óscar hace dos semanas.

Kuribayashi llega a Iwo Jima en uno de los peores momentos de la guerra, cuando todo anuncia la derrota del imperio nipón. Sus aliados europeos, Italia y Alemania habían sido ya batidos en 1944, y por lo tanto todo el esfuerzo de guerra de los aliados se concentró en el frente del Pacífico. El mando militar japonés, en obediencia al Emperador, proclamó una resistencia a muerte antes que rendirse, lo que para infortunio de su pueblo condujo al estallido de bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki, en agosto de 1945, con lo que atrozmente se puso fin a la guerra.

A comienzos de ese año al general Kuribayashi le fue encomendada la defensa de Iwo Jima. Al llegar a su destino se encontró con una tropa desmoralizada, unos jefes enfermos y crueles, una táctica defensiva rutinaria. Apenas llega y recorre la isla a pie (no obstante que mide 21 kilómetros cuadrados) se percata de que debe abandonar las trincheras en las playas y construir una red de túneles y cuevas en la colina Suribachi. Algunos de sus subalternos se inconforman con las instrucciones (y en algún momento uno de ellos se insubordinará) de un general al que hasta llegan a juzgar afecto al enemigo. Es que Kuribayashi había hecho parte de su carrera militar becado en los Estados Unidos, al comienzo de los años treinta, y no sólo había llegado a conocer la organización bélica norteamericana sino también a experimentar afecto por ese pueblo o al menos por los militares con los que convivió. No se engañó, sin embargo, en ningún momento respecto de su lealtad al Emperador, que de hecho lo había enviado al suicidio, porque ya no había posibilidad —como hizo creer el alto mando— de que los combatientes de Iwo Jima recibieran auxilio de ninguna naturaleza.

Finura semejante a la suya (y por eso se muestran afines) tiene el barón Nishi, un caballista competidor olímpico (que en Los Ángeles en 1932 ganó medalla de oro y la amistad de Mary Pickford y Douglas Fairbanks) que pidió servir a las órdenes del general, a sabiendas de que se acerca el sacrificio supremo. En cambio Saigo, un muchacho panadero reclutado contra su voluntad, no quiere morir, entre otras cosas porque poco antes de partir su mujer le anunció su embarazo. Con ellos se sincera el general, que fue capaz de hacer durar cuarenta días (del 16 de febrero al 26 de marzo de 1945) el colosal ataque aéreo y marítimo con que sucumbió el Ejército japonés.

Las escenas bélicas, que se creería son iguales a las de miles de películas sobre el tema, tienen aquí una notable brillantez sonora